

Reseña del libro:

Cines de pequeña escala. Nuevas estéticas, prácticas y plataformas en la región andina

Editado por Christian León, Diana Coryat y Noah Zweig

Cartografiar lo invisible: los cines andinos que reinventan la mirada

por Diana Kuéllar

Cines de pequeña escala. Nuevas estéticas, prácticas y plataformas en la región andina es una obra esencial para comprender cómo los márgenes del audiovisual latinoamericano se han convertido en territorios de invención. Editado por Christian León, Diana Coryat y Noah Zweig, el libro no solo reúne una multiplicidad de voces de Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú, sino que propone un marco conceptual y político capaz de reimaginar la relación entre cine, comunidad y territorio.

Desde su título, el libro plantea una pregunta que atraviesa toda su lectura: ¿qué significa hacer cine desde lo pequeño? Lejos de entender “pequeño” como sinónimo de carencia o limitación, los autores lo resignifican como una potencia que resiste las lógicas de la centralidad. Inspirados en el *cine menor* de Deleuze y Guattari y en la noción de *naciones pequeñas* de Hjort y Petrie, los editores proponen pensar los *cines de pequeña escala* como prácticas autogestionadas, colectivas y situadas que desplazan los centros de producción y redefinen las formas de narrar desde los Andes.

La obra traza una cartografía sensible y política de experiencias diversas: cines indígenas, comunitarios, feministas, queer, regionales, guerrilla y amateur. Estas prácticas comparten un impulso común: construir soberanías audiovisuales en territorios históricamente marginados. Como señala su introducción, se trata de cines que “revelan las tensiones y resistencias frente a las instituciones cinematográficas establecidas” y que reconfiguran las nociones de nación, identidad y representación cultural.

La primera parte, *Filmar las naciones pequeñas*, explora la transición del cine nacional al comunitario y al indígena. Karolina Romero propone un “realismo andino” que recupera la dimensión espiritual y territorial en películas como **Wiñaypacha** o **Retablo**; Pablo Mora y

Eliana Champutiz examinan la apropiación tecnológica indígena y la idea de *cosmovivencia* como poética del mirar; Christian León, por su parte, plantea que el audiovisual puede funcionar como bien común, un instrumento de pensamiento colectivo más que de representación.

La segunda parte, *Formas emergentes del cine comunitario*, se adentra en las pedagogías feministas y disidentes que expanden el sentido de comunidad. Diana Coryat, Gabriela Sinchi y Ana Acosta analizan cómo los laboratorios audiovisuales —como *Ojo Semilla* o la Escuela *Al Borde*— se convierten en espacios de encuentro donde lo político, lo íntimo y lo poético se entrelazan. Aquí surge otra pregunta que el libro responde con fuerza: ¿cómo se transforman las pedagogías del cine cuando la cámara se comparte y se vuelve cuerpo colectivo?

La tercera sección, *Cines guerrilla, regionales y periféricos*, amplía el debate sobre las jerarquías culturales y el desplazamiento de los centros urbanos. Noah Zweig estudia el “cine chonero” ecuatoriano como expresión de una modernidad subalterna; Bustamante y Luna analizan el cine regional peruano como resistencia a Lima; y Luisa González, en un capítulo clave, muestra cómo el cine popular y autogestivo colombiano —producido y distribuido en calles y barrios— subvierte las narrativas de violencia y poder. Su lectura deja otra interrogante: ¿cómo dialogan estos cines con los imaginarios de resistencia y con los públicos que los habitan?

El libro está lleno de gestos de afecto y de insubordinación. Cada capítulo parece responder a una misma intuición: el cine no se hace solo con cámaras, sino con vínculos, memorias y cuerpos. *Cines de pequeña escala* nos invita a mirar donde usualmente no se mira: a los talleres de formación popular, a las proyecciones en plazas o a los archivos familiares que sostienen la memoria audiovisual de los pueblos andinos. En tiempos de homogeneización mediática, este volumen nos recuerda que lo mínimo —una cámara compartida, una historia contada en lengua propia, una película rodada con celulares— puede ser también una forma de resistencia.

El libro ofrece una lectura transdisciplinar que combina los estudios de cine, las teorías decoloniales, los feminismos y los estudios de medios. Los editores destacan que su

elaboración transformó la propia noción de “pequeño cine”: más que un concepto estático, es una categoría viva, relacional y situada, que conecta la antropología visual, los estudios de los bienes comunes y las pedagogías críticas. Al final, el libro se plantea como una invitación abierta: construir un archivo andino de los cines de pequeña escala, una cartografía colaborativa de prácticas que desafían las fronteras entre arte, política y comunidad.

Cines de pequeña escala no busca formular un manifiesto, sino proponer un modo de mirar y pensar el cine desde lo común, lo cotidiano y lo periférico. Su mayor mérito es tejer una red de voces —académicas, artísticas y comunitarias— que reescriben el relato del cine latinoamericano desde abajo. En tiempos de concentración mediática y crisis de representación, este libro recuerda que lo pequeño no es sinónimo de carencia, sino de potencia. Lo que aquí se nombra como “cine menor” o “de pequeña escala” es, en realidad, un cine mayor en su capacidad de imaginar otras formas de ver, narrar y habitar el mundo.

Las preguntas que deja abiertas —¿cómo archivar estos cines?, ¿qué papel juegan las universidades en su preservación?, ¿cómo se reconfiguran las políticas de fomento frente a estas prácticas?— apuntan hacia el futuro. *Cines de pequeña escala* es, en ese sentido, una invitación a seguir filmando y pensando desde los márgenes, entendiendo que allí donde la industria no llega, florece otra estética posible: una estética de lo común, de lo compartido y de lo resistente.